La paradoja de la traición: ruptura y restauración en la tradición occidental

Congreso: Tradición Occidental y Desafíos Contemporáneos en Filosofía, Humanidades y Educación. A cinco años de la muerte de Sir Roger Scruton.

Nombre y apellido del ponente: Cristián David Expósito

Filiación académica: Centro de Investigaciones Cuyo, CONICET y Centro de Investigaciones Humanidades y Ciencias Económicas (CIHUCE), Pontificia Universidad Católica Argentina (UCA).

Titulación: Doctor en Educación

Modalidad de participación: Expositor

Resumen

En el vasto lienzo de la experiencia humana, pocas pinceladas son tan intensas y evocadoras como la traición. Desde tiempos inmemoriales, ha sido considerada una de las más graves transgresiones morales, no solo por su impacto personal, sino también por su efecto disolvente en la cohesión social. Este acto, tan antiguo como el propio ser humano, se erige como testimonio de nuestras fallas y como el oscuro reflejo de las complejidades de nuestra naturaleza.

Esta ponencia explora la traición desde una perspectiva enraizada en el pensamiento occidental, indagando en su significado filosófico, político y cultural a la luz de la herencia grecolatina y cristiana que forja nuestra civilización. Se analizan figuras históricas y literarias emblemáticas para mostrar cómo se comprende y representa a lo largo de las épocas, contrastando las visiones opuestas de Kant y Nietzsche con la perspectiva pragmática de quien la concibe como una herramienta de poder. Asimismo, se examinan interpretaciones psicológicas, ya sea desde el inconsciente reprimido de Freud o como la proyección de la sombra en Jung.

La traición, con su sombra alargada, nos confronta con la fragilidad de la confianza –ese delicado puente que une un alma con otra– y nos sumerge en las profundidades de la desolación y el dolor. Sin embargo, en su paradoja reside su poder transformador y educativo, ya que invita a un renacimiento personal, una inflexión profunda que, nacida del sufrimiento, puede conducirnos a una comprensión más honda de nosotros mismos y de los demás.

En el marco del pensamiento tradicional defendido por Sir Roger Scruton, se reflexiona sobre la lealtad como pilar de la sociedad y sobre cómo, al erosionar los vínculos culturales, la traición amenaza la estabilidad comunitaria. En un giro paradójico, se analiza cómo lo que desgarrar también augura la posibilidad de una restauración y un fortalecimiento ético y espiritual. Esta ponencia invita a un diálogo crítico sobre el papel de la traición en la historia de Occidente y su relación con los desafíos contemporáneos.

Introducción

En la gran escena de la vida del hombre, pocos momentos son tan brutales e intensos como cuando se experimenta una traición. Esta conducta, tan arcaica como la propia humanidad, despunta no solo como una muestra de bajeza y desaciertos, sino también como el reflejo turbio de las complejidades de la naturaleza del hombre. La traición, con su peso implacable, se enfrenta a la fragilidad de nuestra confianza, ese delicado enlace de cristal que une a las almas de las personas y que, si se rompe, nos catapulta a la infinita desolación y a la más penetrante de las angustias.

Ahora bien, existe una real paradoja en sus consecuencias agónicas, la traición transforma a la persona y le da la oportunidad de aprender. La vivencia de la angustia permite al hombre tener la oportunidad de volver sobre sí mismo, de reflexionar para renacer como el fénix. De su pútrida infección surge la posibilidad de elaborar una introspección mucho más sutil y exquisita de quienes somos y de quienes nos rodean.

Graciela Cros en una de las frases más lapidarias que he leído, afirma: “La gente herida es peligrosa porque sabe que puede sobrevivir” ..., y es que, en cada acto de traición se esconde una lección, una oportunidad para fortalecer nuestro espíritu y redescubrir el inmenso valor de la lealtad y la autenticidad.

La traición; ese sutil veneno que ha corrido por las venas de la historia humana, se manifiesta como un concepto universal trascendiendo culturas épocas y geografías. No hay sociedad, no importa cuán remota o antigua, que no haya sido testigo de la traición; ni literatura que no la haya plasmado en sus páginas como una sombra que acompaña a la luz de la lealtad y la confianza.

Orígenes Psicológicos de la Traición

Desde la Psicología, un interesante aporte al tema nos lo presenta el notable psicólogo Sigmund Freud. Entre sus estudios sobre deseos, represiones y su gran amor por la cocaína, nos presenta esta intrincada dimensión de la traición. La teoría freudiana plantea que “lo que uno aprieta desde un lado, sí o sí sale por el otro...” es decir que los deseos reprimidos no desaparecen, sino que se nos cuelan disfrazados en los actos y conductas poco claras de nuestra vida cotidiana. En el marco de la traición, lo que se oculta no es solo la perfidia, sino el crudo reflejo de aquellos deseos e impulsos reprimidos que se insinúan de manera torcida... es como una necesidad insatisfecha que se sirve del otro para poder existir. Es, al fin y al cabo, una manifestación de lo no dicho, de lo no consentido, que busca satisfacer sus sombras a costa de la confianza ajena.

El traidor traiciona como el mentiroso miente. Tal vez exista el genoma de la traición incrustado en el alma de aquellos que, sin que haya una causa aparente, clavan la daga traperera por puro placer no más... En este sentido, y sin querer parecerme en su doctrina a Zaffaroni, la traición vendría a ser una manifestación de luchas internas no resueltas, donde el traidor, probablemente sin saberlo, busca descomprimir las tensiones provocadas por esos deseos que no se condicen con los constructos normativos sociales o personales.

Mejor lo digo con la rima del payador
Muchas veces el traidor
lleva en su pecho el pecado,
sin razón ni excusa al cabo,
sin motivo claro, marcado.
La traición es un grito mudo,
de un alma que sufre en guerra,
que quiere zafarse del ñudo
y romper las cadenas de tierra.
Pero en su mente se mezclan deseos,
que no pueden salir a la luz,
por eso, sin querer, entre enredos
les deja a los otros su cruz.
Así, el traidor entre sombras y acentos,
busca escapar de sus propios tormentos.

Otro psicólogo que se mete en el tema es Carl Jung con su escuela denominada “Psicología de los complejos” y su profunda amistad con Freud. Jung propone la idea de la “sombra” como esa parte oscura que todos llevamos dentro, ese espacio oculto donde va a parar todo lo que negamos y todo aquello que no queremos reconocer de nosotros mismos. Esa “sombra” es proyectada a los demás en forma de actos hirientes y despiadados.

La traición no solo destruye a quien la sufre, sino que también destroza al traidor en su interior, quien, al enfrentarse con la contradicción de su acción y su conciencia, termina sintiendo que su alma ha quedado vacía, igual que la víctima, que ve arrasada su estima (Referencia a Crimen y castigo).

Ahora bien ¿Cuáles son las Secuelas que la traición deja en el alma?

Sin lugar a dudas, el colapso emocional que genera la traición en el alma de la víctima, sea tal vez uno de los más duros y profundos. Tal es así, que es probable que no exista otro acto aversivo en nuestra contra que pueda generar tanto dolor, ira y confusión, simultáneamente a la sensación de pérdida. Inmerso en este colapso emocional, el intelecto humano se ve forzado a reconfigurar su manera de percibir la realidad y a quienes le rodean... todo porque la confianza ha sido profanada.

Tal es así, que la traición logra sacudir los cimientos de las certezas. La ruptura de lo que creíamos inmutable, hace que reevaluemos nuestra capacidad de juzgar a los demás e interpela la autenticidad de los vínculos que creíamos sólidos y seguros ¿Elegimos mal en quién confiar, o es que la verdad de los otros nunca fue lo que nosotros creíamos?

Para nuestra generación, que ya peina canas, si alguna vez nos hubieran dicho la palabra *bullying*, habríamos pensado que se trataba de alguna raza de perros exóticos. Crecimos entre traiciones cotidianas en los patios de la escuela, sin etiquetas ni diagnósticos, solo con la voz de nuestros padres recordándonos: “Hacete hombre” y “Lo que no te mata, te fortalece” ...en fin. Esas experiencias, marcadas por la desconfianza, moldearon a los hombres y mujeres que

hoy somos. Dotados con una matriz axiológica propia y exclusiva, desde la cual aprendimos a evaluar, casi instintivamente, la posibilidad de una traición encubierta en nuestras propias relaciones.

Este es el legado, la lección imborrable que deja la traición en su víctima: la capacidad de reajustar su propia autopercepción y la percepción sobre los demás de una determinada manera y; para bien o para mal, esta facultad se arraiga en nosotros y nos acompaña a lo largo de toda la vida. Juzgamos el mundo que nos rodea con esta matriz de remiendos emocionales. Una mala experiencia en la precoz infancia allí, en ese momento de la vida en que se modelan las primeras relaciones sentimentales, puede condicionar las relaciones futuras, abriendo la puerta a los celos y la posesión como sombras persistentes en nuestra vida. Tal es así, que este fenómeno se ha estudiado seriamente y existe evidencia de que los traicionados aprenden a traicionar.

En este sentido, traicionar es parte del legado de la humanidad

La historia de la civilización, surcada por un sinfín de traiciones, es testigo de los ecos lejanos de gritos desgarrados que, al atravesar el alma, develan la intrincada danza del poder, la ambición y la fragilidad de la confianza. Tales han sido estas traiciones que han llegado a cambiar el destino de las naciones.

El ejemplo más lejano es la traición de Caín a su hermano Abel, que concluye en un diluvio universal o la Efiltes a Leónidas que permite la preservación del helenismo, cuna del pensamiento occidental y al que hoy rendimos tributo, o la traición de Judas a Cristo provocando una bisagra en la historia de la humanidad, de igual manera “¿tú también, Bruto?” le reprocha Julio Cesar a Marco Julio Bruto al recibir el puñal por la espalda de su amigo y protegido en los Idus de Marzo. ¡Qué tan bruto pudo ser Bruto, que su traición acabó con la República de Roma dando paso al Imperio! Una de las traiciones más personales y políticamente significativas de la antigüedad.

Y si hablamos de traiciones políticas que cambian los destinos de un país, en Argentina también tenemos nuestros logros, aunque a veces envueltos en las complejidades de la interpretación histórica. Para ilustrar la sutil, pero profunda traición de ciertos ideales fundacionales, imaginemos por un instante, reunidos alrededor de una mesa a Domingo Faustino Sarmiento, Bartolomé Mitre, Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi y por qué no, ya que esto es ficción, a Justo José de Urquiza, comentando por lo bajo: *Qué será de nosotros, señores, cuando las generaciones venideras se den cuenta, de que al hombre que hemos derrocado y desterrado de este país (en referencia a Don Juan Manuel de Rosas), es el heredero del Sable del General San Martín...,* y se escuchó una voz al fondo que decía, *¿habrá que reescribir la historia...? en fin....*

La filosofía y la traición

En el campo de la filosofía la traición también tiene su lugar importante, uno de los próceres modernos de la moral es, sin lugar a dudas, el filósofo prusiano Immanuel Kant. Hijo de padres protestantes trabajó arduamente en el análisis de los límites de la razón respecto del

conocimiento metafísico. Desde una postura denominada idealismo trascendental, concluyó que la mente humana no puede conocer la esencia de la realidad, es decir, que la metafísica aristotélica/tomista, pero, especialmente la Metafísica de Wolff, sería, en gran medida, inviable. En consecuencia, Dios, el alma y el libre albedrío del hombre son imposibles de conocer por la propia razón pura; de ahí el nombre de su obra magna “Crítica a la razón pura”.

Esta afirmación tan categórica, puso en jaque a los principios morales cristianos. Toda la estructura axiológica de occidente está fundada en un mandato divino (El decálogo de Moisés). Para contrarrestar este problema, formula una nueva herramienta, fundada en la capacidad de la razón, para poder evaluar la moralidad de nuestras acciones denominada el “imperativo categórico”. Este imperativo es un principio formal que guía las conductas para que se adecuen a máximas universales, incuestionables y sin contradicciones.

¿Qué tiene que ver todo esto con la traición? Muy simple, la traición es un prolegómeno ético de proporciones titánicas. Si esta conducta se universaliza y se convierte en ley, la humanidad y la civilización, tal como la conocemos, colapsaría. Entonces y en el marco del imperativo kantiano ¿puede ser justificado moralmente un acto de traición en una circunstancia muy, pero muy específica? La rigidez y la pureza de la lógica racional del modelo lo impedirá contundentemente; lo universal no tolera resquicios. Kant nos interpelaría, mirándonos con sus grandes ojos: ¿cómo se podría justificar un acto que atenta contra la confianza, contra el sentido “práctico de la razón”? Sería como admitir una falla en la *matrix*.

Por otro lado, Friedrich Nietzsche tenía una perspectiva muy diferente a la de su predecesor Immanuel Kant. A tal punto que realizó una crítica acérrima contra el Imperativo categórico y llegó a decir que la moral kantiana era una especie de nihilismo que negaba los instintos vitales del hombre y esclavizaba a los débiles. En fin... para Nietzsche el foco no está en la razón, sino que está en la voluntad. Es la voluntad la que tiene el poder de la vitalidad, de superación y expansión. Este giro de lo racional a lo volitivo no es simplemente un cambio de perspectiva, este giro esconde algo mucho más complejo. La esencia de la razón, con Kant, estaba en su capacidad intelectual de generar conceptos universales; sin embargo, ahora con Nietzsche la esencia de la voluntad está en el “poder”.

Ahora bien, es necesario comprender que la idea de “poder” en Nietzsche no es simplemente necesidad de dominación... eso se lo dejamos a los dictadores. Para Nietzsche el poder de la voluntad es una fuerza creativa que impulsa la propia vida del hombre y le permite nuevas formas de vivirla, a tal punto que podría crear nuevos valores totalmente diferentes a los cristianos. Esta moralina barata creada por la iglesia ha dominado occidente durante siglos y ha esclavizado a los hombres durante generaciones. Es hora de romper las cadenas de esclavos y convertirnos, por el solo poder de nuestra voluntad, en superhombres.

En este simpático marco, la traición podría interpretarse fácilmente como una manifestación de la voluntad de poder y no como insulto del orden moral. Allí, donde la conciencia debe inclinarse ante el bien objetivo, Nietzsche exalta la afirmación del yo, cual adolescente rebelde que rompe ataduras y desafía límites impuestos. Desde esta perspectiva, no existe la condena a la traición, sino que se la felicita por subvertir los valores tradicionales. Ahora, al mejor estilo de Zaffaroni, el traidor deja de ser la encarnación de la maldad para tornarse, según este

prisma retorcido, en el artífice de su propio destino. Alzando su propia bandera, con la imagen de su ego estampada en ella, rechaza el modelo axiológico de sus padres embriagado por la soberbia de su autoproclamada libertad.

Hoy en día, la sociedad no se espanta frente a este tipo de hechos de degradación moral. Los actos de traición están a la orden del día en la política o en las propias leyes que sanciona, como la ley de “divorcio”, donde se acepta la violación de acuerdos entre partes previamente establecidos. La sociedad asume que las estructuras de poder y las relaciones interpersonales están sujetas a una constante tensión y redefinición, basadas en perspectivas subjetivas y relativas.

Conclusión

Para concluir: hemos dicho que la traición no es solo la pérdida de alguien en quien confiábamos; sino que es la pérdida del mundo tal como lo conocíamos. No se trata únicamente de que el otro nos haya fallado, sino que, en ese fallo, algo dentro de nosotros también se derrumba, una parte de nosotros muere. La confianza, tan laboriosamente construida con actos pequeños y constantes, se disuelve en un instante, y quedamos preguntándonos si alguna vez fue real. Peor aún, nos asalta la duda de si podremos volver a confiar, no solo en los demás, sino en la estructura misma del mundo. La traición, entonces, no es solo el dolor de lo perdido, sino el miedo de que nunca lo tuvimos realmente.

Superar la traición no es simplemente cuestión de tiempo, sino de atravesar un territorio incierto donde cada paso duele. El primer desafío no es olvidar, sino aceptar el golpe sin tratar de negarlo o minimizarlo. Pero lo más cruel de la traición es cómo nos hace dudar de nosotros mismos, como si fuéramos menos dignos de amor porque alguien nos falló. Recuperar la confianza no es solo volver a creer en los demás, es también retomar la fe en nosotros mismos, en nuestro propio juicio, en nuestra capacidad de distinguir lo verdadero de lo falso.

Y, sin embargo, cerrarse completamente sería concederle a la traición una segunda victoria. Volver a confiar no significa negar el dolor, sino permitir que, con el tiempo, los pequeños gestos de bondad y lealtad de los demás vuelvan a demostrar su valor. No se trata de un gran salto de fe, sino de pasos pequeños, uno a uno, en dirección a la posibilidad de confiar otra vez.

La traición, por devastadora que sea, no es solo un quiebre; es también una maestra brutal. Nos arranca las ilusiones con mano cruel, pero, al hacerlo, nos obliga a mirar más de cerca lo que valoramos en nosotros mismos y en los demás. Lo que parecía una pérdida absoluta puede, con el tiempo, convertirse en un terreno donde arraiga algo nuevo y en esto radica la frase que señalamos al principio “La gente herida es peligrosa porque sabe que puede sobrevivir.” El dolor soportado no solo nos demuestra que seguimos en pie, sino que podemos caminar con mayor firmeza, ya que el proceso de sanar le da al alma la posibilidad de redescubrirse, de ser más fuerte, más inteligente y capaz de amar sabiamente.

Los estoicos hablaban de la adversidad como un cincel que esculpe el alma, y quizás la traición sea precisamente eso: una herramienta áspera y despiadada, pero capaz de dar forma a una fortaleza que desconocíamos. No es solo una caída en el abismo, sino un umbral que

cruzamos, y al otro lado descubrimos que el sufrimiento, cuando no lo evitamos, nos enseña. En la más profunda oscuridad es donde la transformación se enciende, y aunque el fuego quema, también purifica. Aprendemos, poco a poco, a amar con más verdad, con más plenitud, con más sabiduría.

Que el dolor no sea estéril, que el sufrimiento no se pierda en el vacío. Que no seamos solo ruinas, sino arquitectos de algo nuevo: puentes que atraviesen las grietas, tejidos con los hilos más resistentes que el alma conoce —comprensión, empatía y un amor— que, lejos de quebrarse, ha aprendido a sostenerse sobre verdades más profundas, más firmes, más reales.